

# Zoé Valdés

*Pájaro lindo de la madrugada*

algaida



Ilustración de cubierta: *Un milagro puede ocurrir*, de Carlos Manuel Galindo.  
Acrylic on Canvas, 24 in x 18 in, 2011

Primera edición: 2020

© Zoé Valdés, 2019

© Les Editions de l'Observatoire/Humensis, *Bel oiseau du petit matin*, 2019

© Algaida Editores, 2020

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-149-9

Depósito legal: SE. 207-2020

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Cuba.*

*A la memoria de mis amigos Fulgencio Rubén  
Batista Godínez y Roberto Fernández Miranda. A  
mi querido Roberto Batista Fernández, a sus  
hermanos e hijos. A la familia Batista.*

*A los cubanos.*



«Los individuos como los grupos tienen el derecho de saber, de conocer y de dar a conocer su propia historia; el poder central no debe prohibir ni permitir... Desconfiemos de los dos extremos: no debemos sonrojarnos de elegir esa vía intermedia».

Tzvetan Todorov. Tomado de *L'Abus de la Mémoire*.  
Éditions Arléa, Francia, 2004.

«Los chilenos damos hoy la mano a Fulgencio Batista, con una franqueza y una sinceridad que llamaríamos chilena si no fueran también condiciones permanentes de Cuba. Saludamos en él al continuador y restaurador de una democracia hermana, al hombre que recibió la patria anarquizada y despedazada recién salida de las garras de un tirano sangriento, y palpitante aún de la heroica, legendaria lucha que lo derrotara. Saludamos al que pudiendo haber seguido el camino de muchos filibusteros del poder, lo entregó con sus anchas manos morenas a quien eligiera su pueblo. Saludamos al que ha restituido a Cuba honor y nombre, al proteger las organizaciones y partidos del pueblo, al llamar a los mejores intelectuales a colaborar en los destinos comunes, al reanudar las relaciones con la Unión Soviética entre los primeros países de América, al declarar la guerra a los bandidos de Alemania e Italia, al fustigar y despreciar a Franco y sus enviados públicamente una y mil veces, al iniciar con México el camino que aislaría más tarde a los siniestros y desleales gobernantes de Argentina».

Pablo Neruda. *Saludo a Batista*, tomado de *El Siglo*.  
27 de noviembre de 1944.

«Siempre me sentí ante un hombre interesante que no puede ser fichado únicamente por la palabra “dictador” ni con el calificativo de político. Tiene el hechizo de una persona que ha logrado escalar posiciones insospechadas, sin caer en ciertos defectos que parecen inevitables en tal caso, pues ha sabido conservar en sus actividades de guía del Estado la llaneza de su alcurnia».

Emil Ludwig. *Biografía de una isla (Cuba)*.  
Editorial Centauro, México, 1948.

*«Cuanto a mí, universalista y criolla, cubana del Continente, sin insularidad del corazón... De ahí que escriba para los generosos los del alma limpia, para los que no ciega el odio: ellos habrán de comprenderme... ¿Los demás?... De los rencorosos se aparta mi vida como las calandrias del árbol seco... Basta de rencores que elevan valladares y de revanchismos que desarmonizan el alma compasiva del pueblo con el raquitismo espiritual de líderes lamentosos y de lidercillos imprecadores... ¿Callar? ¿Callar ahora porque el personaje que retrato ya no tiene el poder en el puño? ¡Cobardes! Abstenerse no purifica: encenaga. La mentira entumece las alas... Muchas veces salí por los caminos de Cuba y me dolí de mis niños sin escuela, de mis campesinos sin pan, de mis enfermos sin lecho donde curarse. Una vez supe que un hombre se preocupaba de estas cosas y quería, con muy buena intención, poner su menuda simiente en transformar Cuba. Lo conocí y hallé que tenía el corazón limpio, que era hermano nuestro, que venía amasado de tierra y de lágrimas. Una vez superse no purifica: enceaágrimas. Este hombre era Fulgencio Batista».*

Isa Caraballo. Tomado de *Batista, una vida sin tregua*.  
Ediciones Iberoamericanas, México, 1945.

«Ni de izquierdas ni derechas: sólo constructividad y justicia».

Fulgencio Batista y Zaldívar.  
Tomado de *Piedras y Leyes*,  
Editorial Botas, México, 1961.



# I

**A** TRAVÉS DEL SOLEADO VENTANAL PODÍA DISFRUTAR de toda la gallardía de aquella tierra cuyo insólito y variado verdor inundaba el paisaje. A lo lejos y desde aquel valle escondido percibía cómo las veredas se fundían con los montículos, las montañas rozaban las nubes, no había un lugar por aquellos montes donde no creciera la vegetación, húmeda, rebelde, señorial. Extrajo el celular del bolsillo de su camisa y tiró varias fotos, las guardó para cuando pudiera enviarlas a su nieta Ada en Miami. Sin embargo, no había sido la magnificencia del cielo azul ni la inhóspita nostalgia —que no la sentía— por toda aquella exhuberancia del tan sobrevalorado terruño, lo que había impulsado a Arsenio a regresar cincuenta y siete años después de haberse largado de lo que él llamaba «el infierno cubano».

Llevaba casi dos horas esperando a su viejo amigo dentro de aquel bajareque medio derruido. Hacía un calor de mil demonios, no corría ni una pizca de brisa, y ni

un ventilador a la vista. Para llegar hasta allí había atravesado la isla entera de Occidente a Oriente manejando un automóvil americano alquilado, de los que ahora llamaban almendrón, lo que le había costado un tiempo increíble dado el esfuerzo por su avanzada edad; no tenía ni idea de cuántos días, quizás semanas, tras haber partido de una vieja casona de la antigua Habana colonial en la que se hospedaba junto a otra parte de su familia a la que no había vuelto a ver desde hacía décadas.

—¿Usted está segura de que Elbio recibió el telegrama en el que le anunciaba mi visita? —preguntó por enésima vez a la mujer que ahora baldeaba el suelo de cemento de la cocina.

La mujer respondió sin abandonar su tarea:

—Sí, claro, ya le dije; abuelo sabía que usted vendría, yo misma le leí el telegrama que mandó su familia, tiene la vista muy mala, sabe. Y aunque todavía lee y escribe, para esas letras chirriquiticas de los telegramas soy yo la que lo ayuda. En cualquier momento reaparecerá por ahí, no se preocupe. Es que como ya no puede trabajar pues le da por salir a caminar y no ve la hora de cuándo parar. Él había dejado los largos paseos, pensando en que usted podría llegar de un instante a otro y no encontrarlo... Como no sabíamos el día exacto en el que usted nos visitaría... Pero pasado un tiempo se cansó de esperar y hoy precisamente decidió retomar las caminatas. Es muy terco, no me hace caso cuando le aconsejo que debiera reposar. Aunque, como le dije, lee y escribe cada tarde, y eso, creo yo, es para él una forma de hallar sosiego. Su vida ha tomado un sentido bastante diferente: ca-

minar, pensar, comerse el coco. Ah, y forrajear, para poder alimentarse. Eso no puede faltar. ¿Otra tacita de café?

Aceptó gustoso el aromático líquido servido en la misma jicarita en la que había bebido antes. Ella se sirvió también y bebió de un sorbo el contenido todavía humeante.

—¿Tú eres la que estudiaste para enfermera? —El hombre quiso entablar una conversación más personal.

—Sí, yo mismítica... Mire, creo que por allá viene abuelo —anunció ella mientras se acercaba a la ventana que iluminaba la cocina.

Una figura se iba dibujando a ratos entre la maleza, alzada por instantes para volver a intrincarse entre los espigados y espesos arbustos. Por fin Arsenio pudo visualizar con nitidez a Elbio, que emergió de los campos dirigiéndose al estropeado bohío. A la emoción, traducida en tristeza, que había experimentado nada más pisar el suelo de Veguita, donde había nacido, se le sumó el enternecimiento más hondo frente a la presencia de su antiguo compañero.

Elbio llevaba una mocha en la mano, no bien traspasó el umbral la colocó en una esquina junto a la puerta. Al voltearse descubrió al viajero. Miró incrédulo a su nieta, quien sonriente le aclaró:

—Sí, abuelo, es Arsenio, ¡ya está aquí, ahí lo tiene!

Elbio avanzó unos pasos, agarró a Arsenio por los hombros. Fijaron sus pupilas. Arsenio lo atrajo hacia sí y ambos se fundieron en un abrazo. Reían y lloraban a la vez.

—¡Tantos años, tantos años sin vernos! —repetía Elbio.

—¡Pues aquí estoy, aquí estamos, hombre! —insistía Arsenio.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? —Elbio haló un taburete e hizo un gesto para que Arsenio lo imitara y se acomodara en el otro que le quedaba a sus espaldas.

—Cincuenta y siete años exactamente —precisó Arsenio—. Voy a cumplir ochenta y siete, y ya me ves, estoy muy bien de salud. ¡Mira, tú, y todavía manejo!

—¡Yo cumpliré pronto ochenta y ocho, y puedes comprobarlo, mis piernas siguen fuertes, pateo todos esos campos a diario!

—Yo no me agito tanto como tú, pero mi mente se conserva muy clara —subrayó Arsenio.

—También la mía, pregúntale a ella —Elbio señaló a su nieta—. Leo mucho, escribo como un condena'o. No exactamente mis memorias, pero sí mis recuerdos. En los que estás siempre presente, Arsenio.

El otro asintió agradecido. La mujer interrumpió:

—Si me perdonan. Abuelo, ya te limpié su poquito en todo esto por aquí —hizo un gesto abarcador con el brazo—. Queda café hecho y te traje algo de almuerzo. Ahora vuelvo a mi chocita, tengo cosas que hacer por allá. Me imagino que ustedes tienen mucho de qué hablar y no quisiera importunarlos.

Elbio arguyó:

—Olga vive cerca de aquí, con su familia. Desde que quedé viudo se ocupa de mí. Mi hijo, su padre, se mudó hace unos ocho años a La Habana. Al parecer es definitivo, aunque nos viene a ver de vez en cuando. Olga y yo estamos muy unidos.

La mujer se le acercó para besar la frente del anciano, luego estrechó la mano de Arsenio:

—Bienvenido otra vez. Esta es su casa, y mi casa también es suya —se despidió con la misma amplia sonrisa con la que lo recibió.

Los goznes de la puerta chirriaron al cerrarse. Los dos hombres oyeron silenciosos los pasos de Olga mientras se alejaba por el sendero.

El silencio fue breve.

Elbio se arremangó un poco los pantalones por el pliego de la tela a la altura de las rodillas y rompió el mutismo:

—Recibí todas tus cartas, viejo, al menos las que me enviaste a través de tu familia en La Habana. Me extrañó que en una de las últimas anunciaras tu visita, aunque debo decirte que me alegré, ¡vaya si me alegré! Llegué a pensar que nunca más te vería.

—Elbio, ha transcurrido toda una vida. Tanto tú como yo sabemos que nos queda poco aquí. Mi viaje tiene un poderoso sentido. Iré al grano. He venido porque una de mis nietas está escribiendo algo que yo considero que es importante. Acerca de la historia de este país. Tú y yo podemos ayudarla con nuestros testimonios. Yo ya le he dado parte del mío, a veces se me queda algo en el tintero y entonces rebusco en la memoria y consigo lo que necesitaba. Pero hay otras cosas que se han ido borrando de mi mente, lo que es natural. Tú y yo podemos afirmar que conocemos bastante del pasado, y no sólo a causa de nuestra vejez, además fuimos protagonistas muy activos de ese pasado. ¿Estarías dispuesto a sincerarte?

El otro encendió un mocho de tabaco, aspiró larga y pausadamente a la vez que botaba el humo por un entre-sijo de las comisuras de los labios.

—No hago más que eso, recordar y sincerarme conmigo mismo, y de paso escribo sin juzgar; sólo por el mero ejercicio de la autoconfesión. Podría entregarte mis cuadernos, eso sí, todos escritos a mano. Soy un campesino, no un intelectual, ahí radica la dificultad. Bien hilvanados sí que están, pero alguna falta de ortografía se me habrá escapado.

—Eso será lo de menos. Lo que importa es la memoria viva. Y por tus respuestas a mis cartas noté que la mantienes intacta.

—Sí, por cierto, esfuerzo que me costó mandar esas cartas, siempre a través de mi hijo, que las entregaba a tu familia. Todavía no sé cómo ellos te las hicieron llegar.

—Llegaron, es lo que importa, y te lo agradezco. Gracias a esas cartas es que estoy aquí.

De súbito el día se nubló, una plomiza grisura abarrotó el horizonte.

—Ay, caray, lloverá igual que ayer y que antier.

Elbio se irguió del taburete y empezó a cerrar puertas y ventanas —ya su nieta viendo venir la lluvia había cerrado la principal, que siempre quedaba abierta como suele ocurrir en el campo cubano—, a colocar cubos y calderas en varios lugares estratégicos en donde suponía que empezaría a gotear y a chorrear el agua.

—Debiera reparar ese techo, pero no tengo cómo ni con qué. Aquí falta de todo y cuando hay no se puede pagar de lo caro que resulta.

—¿Te ayudo? —propuso el visitante levantándose de la vetusta silla.

—No, mejor no, gracias, soy el único que entiende de estos tejemanejes. Quédate donde estás, enseguida te atiende.

Irrumpió el torrencial aguacero. El agua concertó una extraña y concreta música goteando y chorreando dentro de los recipientes. Afuera el viento batía contra las arboledas y arrasaba con los frágiles sembrados.

Arsenio aguardó callado a que su amigo terminara con los trajines de proteger la casa. La recia lluvia y el trasteo del vendaval lo obligaron a recordar las fugas infantiles junto a Elbio, apenas un año mayor que él, en medio de la campiña azotada por los ciclones.

—En lo esencial esto no ha cambiado mucho, yo diría que nada. Buen tiempo, mal tiempo, en un aburrido movimiento cíclico —carraspeó Elbio mientras seguía chupando el cabo del tabaco y regresaba a su asiento—. Pero bueno, dime, ¿de cuál tema está escribiendo tu nieta? ¿Se trata de un libro, de una tesis...?

—De una tesis universitaria. El tema es Batista. Fulgencio Batista y Zaldívar.

El silencio entonces se hizo más largo y compacto, podía cortarse con un serrucho.

—Es el eslabón perdido en la historia de Cuba. —Por fin Elbio deslizó unas palabras—. Arsenio, tú sabes que de eso no se puede hablar aquí, en este país todavía está prohibido mencionar a Batista. Ni de juego, vaya.

—¿Te extrañará si te digo que de Batista no se puede hablar en ninguna parte? Tampoco en Miami, o quizá

mucho menos en Miami. ¡Ni en Francia! Mira, te contaré una anécdota. Hace algunos años publiqué un libro en Estados Unidos sobre el surrealismo y las mujeres, es un tema que siempre me ha fascinado y al que le dediqué buena parte de mi vida como profesor, y como crítico de arte. El libro tuvo suerte en las librerías y muy buena crítica, fue traducido a varios idiomas, entre ellos al francés. Me invitaron a presentarlo en París; el encargado de prensa de la editorial organizó varios contactos con los medios de comunicación. En un programa televisivo, en el que me entrevistó un conocido escritor caribeño me llevé una desagradable sorpresa. La entrevista iba desarrollándose muy bien hasta que de repente mi interlocutor ensombreció la mirada, frunció el ceño, su rostro se transfiguró, y ahí dio un respingo y se atrevió a interrogarme con muy mala vibra sobre un artículo que nada tenía que ver con el surrealismo y sus mujeres artistas, el que yo había escrito a mis inicios como columnista de un periódico poco importante en Estados Unidos y en donde me refería a Batista de una manera bastante equilibrada y sincera. O sea, lo que todos conocemos, que en 1959 Cuba mantenía una situación económica y social de bastante gran alcance: 6,6 millones de habitantes con un desarrollo de la clase media acomodada, el salario era de 6 dólares la hora para los obreros (situado en el octavo rango a nivel mundial); para los agricultores el salario era de 3 dólares la hora (situado en el séptimo escalafón a nivel mundial, 62 % de los centrales eran propiedad de los cubanos a pesar de las inversiones americanas importantes); el azúcar reportaba mucho

más que los prostíbulos y los casinos; sitio 33 en el escalafón de 112 países miembros de la ONU (para lectura de periódicos), numerosos escritores, dramaturgos, artistas; una cama de hospital para cada 188 habitantes (comparable o superior a los países desarrollados); la tasa de mortalidad infantil más baja de América Latina en los años 50; 20 000 estudiantes en la universidad pública, 100 000 estudiantes en lo privado; 1200 escuelas en el campo con bibliotecas móviles; 23 % del presupuesto para la educación; la tasa de analfabetismo de 16 % según el Ministerio de Educación (y no del 40 % según la propaganda castrista). Sin embargo, el estatismo de Batista y el poder de los sindicatos frenaron las inversiones privadas; la brutalidad del régimen después de 1956 frente a la brutalidad del terrorismo urbano fue un factor negativo para la economía; 30 % de activistas desempleados en 1958, un tercio de la población vivía en la pobreza<sup>1</sup>. No era un artículo elogioso ni mucho menos, simplemente expresaba que algunas verdades tendrían que restablecerse en el futuro, y que a alguien le tocaría hacerlo, quizás a través de la ficción, de la literatura y del cine. Pues mira tú, no sé cómo aquel hombre encontró y estudió el artículo —a través de internet seguramente—, el caso es que se lo sabía al dedillo. Sin ton ni son se puso agresivo, y me espetó rudamente si todavía yo pensaba igual a lo que había escrito en aquel artículo de marras, aquello de que alguien debería «res-

---

<sup>1</sup> Estos son datos de Jeannine Verdès-Leroux, Hugh Thomas y Michel Faure.

tablecer en el futuro ciertas verdades sobre Batista», y prosiguió encarado con que si ese alguien iría a ser yo. Me dejó desarmado, aunque una vez recobrado del impacto y más animado, le aclaré que no tenía la menor intención de dedicarme al tema, pero que como cubano y como ser humano libre, seguía siendo ese un asunto que me interesaba e incumbía profundamente.

—No sabía que las cosas sucediesen así en el mundo civilizado —Elbio sonrió sarcástico—, aunque nada me extraña ni me sorprende. Un guajiro se mueve por el olor de la tierra, se guía por el olfato, y aunque poco o ningún aroma me llega del exterior, puedo intuir y hasta imaginar sólo a través del hedor interno que padecemos lo que ha sabido y debido imponer como «aroma» esta isla a otras lejanas y no tan distantes regiones en lo que a cultura occidental nos refiere. Hace más de medio siglo que este país huele muy mal, apesta. Y ese tufo infecto es tan potente que ya habrá trascendido fronteras. Lo peor es que se trata de una enigmática pestilencia que envuelve y seduce al más pinto.

—Pues, llevas razón, el mundo no huele mejor, te lo aseguro. Este país ha sabido exportar muy bien su fetidez. Y nos hemos contagiado allá también con su podredumbre.

—¿Conocía tu nieta ese artículo tuyo? ¿Es la razón por la que dedica su tesis a Batista?

—No, para nada. Lo leyó después. El origen de querer investigar sobre El Hombre fue una conversación con su madre. Ella le comentó lo que su abuela le contaba cuando era niña. Tú sabes que Aracelys, la abuela de mi

mujer, se tuvo que quedar en este país porque Alba, mi mujer, se empeñó en no irse, esperando a que yo regresara. En aquel entonces yo ya me había marchado. No pudo ser de otra manera, me habrían fusilado tarde o temprano. Con el tiempo y un ganchito ellas lograron salir y viajar a Estados Unidos.

—Sí, Arsenio, porque no lo olvidemos —hizo una pausa para sacarse el cabo de tabaco de entre los labios—: tú y yo estamos vivos de milagro. Y, bueno, claro que puedo ayudarte en lo que me pides, lo haré. Aunque tú sabes que yo nunca fui del todo batistiano. No por El Hombre en sí, sino por algunos de los «tiburones» que lo rodeaban.

Sorprendido, Arsenio abrió los ojos con alarmada desmesura:

—¿Que nunca fuiste batistiano? ¡Pero si estuviste muy cercano a Batista! ¡Y más tiempo que yo!

—Sí, pero ahí radica la diferencia entre tú y yo. Ambos éramos muy jóvenes, en algo teníamos que trabajar. Tú te dedicaste más al arte, a la educación, al periodismo. Y a mí se me dio ese puesto con el presidente, ¡no lo iba a rechazar! Me aceptaron por mis capacidades militares, y porque había nacido aquí, en Veguita, igual que él. Como tú. Es verdad, tú no trabajaste del mismo modo para él como yo sí lo hice, pero batistiano sí que eras, de toda la vida.

—Lo sigo siendo, y a mucha honra. Y por eso me largué de este país de bambolleros y traidores, porque nunca me he avergonzado de creer en Batista... Sí, traidores... —Esta última palabra la pronunció en un susurro.

—Te he oído bien, la vista la tengo medio jodida, escribo en letras grandes y leo con espejuelos y lupa, pero los tímpanos me funcionan con la precisión de un reloj suizo. Mira, no hablemos de bambolleros ni de traidores si vamos a hablar de Batista. Más bambollero que él no lo hubo, y al final nos traicionó a todos al irse. Aunque, es verdad, admito que con él se podía discutir, la prueba soy yo, que siempre discutía con él por cualquier bobería y jamás me ocurrió nada de nada.

—Eso de que Batista era bambollero y traidor lo dirás tú haciéndote eco de las mentiras que aquí han divulgado, yo tengo otra opinión. Batista fue traicionado por los americanos y por los suyos; la propaganda de la prensa norteamericana que favoreció a Fidel, la prohibición de venta de armas a nuestros soldados en 1958, y más... Además, sabes muy bien que la burguesía nunca lo quiso... Empezamos mal si nos enmarañamos por ahí. —Una mueca de disgusto abrumó sus facciones.

—¿Ves? Ni siquiera dos amigos pueden sentarse serenamente a conversar sobre el tema. Es un asunto árido, muy espinoso. Pero si estás dispuesto a fajarte conmigo, así sea a los puñetazos, de todos modos te ayudaré. ¿Y sabes por qué? Pues porque considero que hay que sacar de una vez y por todas a esa figura de las sombras. No le hizo mal a Cuba, creo todo lo contrario, que le hizo más bien que mal. Y comparado con lo que nos cayó después, pues Batista fue un niño de teta.

—Vaya, menos mal. Esperaba que me dijeras que todo lo tenebroso que vino después se lo debemos a Batista, ¡es lo que repite tanta gente en Miami! ¡Qué alivio

que no irán por ahí los truenos de nuestras futuras disputas!

—No habrá discusiones entre nosotros. Nadie puede culpar a Batista de lo que hizo Fidel. O mejor dicho, nadie puede culpar a Batista de lo que hicieron Fidel, sus secuaces, y su pueblo —hizo una pausa—. Dime una cosa: ¿Tu nieta no está ya un poco mayorcita para la universidad?

—Es su tercera carrera universitaria. Empezó más joven que el resto, hizo una carrera de Economías, al mismo tiempo que otra de Ciencias Políticas, y ahora está acabando esa de Historia. Siempre ha estudiado mucho y trabajado más. Como hacen allá casi todos los que quieren prosperar.

—¡Ah, la prosperidad! Palabra inexistente en el diccionario del comunismo cubano. En fin, dime, ¿por dónde empezamos? —Elbio se dirigió hacia un desvencijado cajón y extrajo de él varios cuadernos repletos de escritura y anotaciones por los bordes.

Arsenio se dispuso a aclarar algo nervioso, cambiando el tema de conversación:

—Mira, hermano, tal como me prometiste tan generosamente sé que podría quedarme una semana aquí contigo, y dado que no existe hotel en la zona no me queda otro remedio que aceptar tu invitación, pero preferiría... O sea, iba a proponerte que viajaras conmigo a La Habana, allí nos instalaríamos en un hotel confortable. Por supuesto, la invitación va por mí. No sólo estaríamos más cómodos, además yo tendría conexión a internet. Tú aprovecharías para visitar a tu hijo, y verías La Habana de nuevo. ¿Cuánto hace que no has estado allá?

A Elbio lo paralizó esta inesperada modificación de planes. Contaba con que Arsenio pernoctaría en su casa de Veguita por lo menos durante dos semanas. Por fin reaccionó:

—¿A La Habana? Uuuuh, hace años que no viajo a la capital. La última vez que fui estaba tan destruida que me juré que no volvería. Si algo bueno tiene ser del campo es que uno sabe cómo entenderse con la naturaleza, y lo que muere aquí revive una y otra vez. Por muy cenizos que se hayan puesto los verdes. Lo que te da una especie de sensación de inmortalidad, aunque falsa, ya lo sé. Pero con el cemento y el asfalto no hay arreglo. La Habana no es ni la sombra de lo que fue. De aquella visita apenas recuerdo a una gente muy rara, expresándose y moviéndose también de manera muy absurda, cual zombis unos y otros, como enfermos mentales. No, de mi época no queda de valor nada más que una arquitectura de la Bauhaus, ahora desvencijada, que por cierto, también se la debemos a Batista. Recuerda que aprendí algo de arquitectura en mi época de capitán. Es más, no me interesa la capital. Tuve la suerte de que mi hijo me hospedara, él vive con su mujer en un apartamentico chiquirritico de Centro Habana.

—Ahora conmigo te toparás con otra Habana, la de los turistas. Ni te enterarás de lo depauperada que está la ciudad porque te llevaré a los sitios que han ido restaurando y te codearás con otro tipo de gente. Con los que se benefician del capitalismo salvaje que ellos mismos han ido implantando; desde los jefes más altos hasta los más bajos, desde la policía hasta la misma «opo-

sición» prorrraulista, una pseudooposición penetrada y controlada por Raúl Castro. Corrupción y más corrupción, apoyada por buena parte del exilio de Miami, y eso lo sabemos tú y yo... Después, de los habaneros, qué te voy a contar que tú no sepas, claro que están peor que cuando tú fuiste, no te voy a engañar. A los orientales como nosotros nos llaman «palestinos», porque han copado aquello. Yo mismo quedé choqueado con lo que vi. Y eso que ya me habían avisado, sí, había sido advertido de lo que encontraría.

Elbio puntualizó:

—En el campo no vivimos mejor, te lo aseguro. Sol arriba y marabuzales abajo. Pero para mí resulta menos violento.

Su amigo insistió:

—Entonces, ¿qué haremos? ¿Viajamos o no?

El anciano halló un nuevo pretexto:

—Es que no puedo dejar la casa sola tanto tiempo.

—Olga te la cuidará. Vamos, chico, embúllate. Ya que no puedo invitarte a Miami por lo menos permite que lo haga a La Habana.

—Bueno, deja ver, deja ver... Pero tú te quedarás aquí al menos una semana, ¿o no?

—Sí, claro que sí. En eso habíamos quedado.

—Una semana, o más...

La improvisada música acuática cesó e instantáneamente Elbio abrió puertas y ventanas. Lloviznaba apenas. Desde el monte emanaba un vaho intenso a lluvia y a yerba fresca, como recién cortada, que invadió toda la casa. Los dos amigos se dieron a la tarea de vaciar los recipien-

tes repletos con agua de lluvia en un pozo ciego del patio. Enseguida por el costado de una guásima refulgió el sol. Planearon entusiastas que esa noche leerían juntos un monólogo escrito por Ada, la nieta de Arsenio, basado en lo que le contaba su madre, lo que a su vez le detallaba su abuela cuando esta era pequeña en Cuba. Y también, por descontado, repasarían las páginas escritas por Elbio acerca de Batista.